



Dos tipos de problema

E.F. Schumacher

1

En primer lugar nos ocupamos del "mundo" y de sus cuatro niveles de ser, después, del "hombre", de las herramientas con que cuenta para enfrentarse con el mundo y de hasta qué punto es adecuado para ello. En tercer lugar tratamos del aprendizaje sobre el mundo y sobre uno mismo, de los cuatro campos de conocimiento. Nos resta ahora por ver qué significa vivir en este mundo.

Pues bien, vivir significa *luchar*, enfrentarse y saber estar a la altura de toda clase de eventualidades, muchas de ellas difíciles. Estas últimas plantean problemas y podría decirse que vivir significa, por encima de todo, afrontarlos.

Los problemas que no se resuelven provocan una especie de angustia existencial. El que haya sido siempre así o no es algo que podrá dudarse pero, en la actualidad, es un hecho cierto. Parte de la moderna lucha contra la angustia utiliza el enfoque cartesiano: hay que "ocuparse sólo de las ideas claras, precisas y ciertas más allá de toda duda razonable; por consiguiente, hay que fiarse de la geometría, las matemáticas, la cuantificación, la medida y la observación exactas". Esa es la manera –la única, se nos dice– de resolver problemas; ése es el camino, el único camino, de progresar; si abandonamos todo sentimiento y otras irrationalidades, pueden resolverse todos los problemas, y se resolverán. Vivimos en el Reino de la Cantidad - título, por otra parte, de un difícil e importante libro de Rene Guénon [1], uno de los pocos metafísicos importantes de nuestra época. Se habla de que los análisis de cuantificación y de costes-beneficios son la respuesta a la mayoría de nuestros problemas –si no a todos– a pesar de que, cuando nos enfrentamos con seres algo complejos, como los humanos, o con sistemas complejos, como son las sociedades, tardaremos todavía algo de tiempo en reunir y analizar los datos. Nuestra civilización es una experta única en resolver problemas; hoy en día hay en el mundo más científicos y especialistas de los que haya habido en el conjunto de todas las generaciones precedentes. Y no pierden el tiempo contemplando las maravillas del universo ni intentando conocerse a sí mismos: resuelven problemas. Quizás alguien, ligeramente preocupado, podría entonces preguntarse: "Sí eso es cierto, ¿no nos estaremos quedando sin problemas?" Pero no sería difícil tranquilizarle: hoy en día tenemos problemas mayores y más numerosos de los que pudiera jactarse cualquier generación anterior; incluso problemas de supervivencia.

Esta extraordinaria situación podría llevar a que nos preguntáramos sobre la naturaleza de los "problemas". Sabemos que hay unos resueltos y otros sin resolver. Los primeros, se puede decir que no plantean dificultades pero, por lo que se refiere a los segundos ¿no hay quizá problemas que no sólo no están resueltos sino que son irresolubles?

En primer lugar, veamos los resueltos. Por ejemplo, tomemos un problema de diseño: cómo inventar un medio de transporte con dos ruedas impulsado por una persona. Se ofrecen varias soluciones que convergen poco a poco de manera creciente hasta que, al final, surge un diseño que no es ni más ni menos que "la respuesta": una bicicleta, solución que resulta ser pasmosamente estable a lo largo del tiempo. ¿Y por qué es tan estable? Simplemente porque cumple con las leyes del universo: las del nivel de la naturaleza inanimada.

A este tipo de problema lo llamaremos *problema convergente*. Cuanta más inteligencia ponemos en su estudio, más convergen las respuestas. Podemos clasificar este tipo de problemas en dos grupos: "problemas convergentes resueltos" y "problemas convergentes todavía no resueltos". El adverbio *todavía* es importante porque, en principio, no hay razón para que no se resuelvan algún día. Todo requiere cierto tiempo y, simplemente, no ha habido

bastante para resolverlos. Lo que se necesita es más tiempo, más dinero para investigación y desarrollo y, tal vez, más talento.

Sin embargo, también ocurre que cuando una serie de personas sumamente competentes se ponen a estudiar un problema, encuentran soluciones que se contradicen entre sí. No convergen, por el contrario, cuanto más se clarifican y desarrollan lógicamente, más *divergen* hasta que hay un grupo que parece exactamente contrario al otro. Por ejemplo, la vida nos presenta un problema muy grande, no el problema técnico de crear un transporte con dos ruedas, sino el problema humano de cómo educar a nuestros hijos. No podemos eludirlo; hay que afrontarlo y pedir a una serie de estudiosos que nos aconsejen. Unos, basándose en una intuición muy clara, nos dicen lo siguiente: la educación es el proceso mediante el cual la cultura se transmite a la generación siguiente. Quienes poseen - o se supone que poseen - conocimientos y experiencia, *enseñan*; quienes por el momento carecen de ambas cosas, *aprenden*. Esto es un hecho bastante claro e implica una situación de autoridad y disciplina.

Nada podría ser más sencillo, cierto y lógico. Cuando se trata de transmitir el conocimiento existente de los que saben a los que aprenden, debe existir disciplina entre los últimos para recibir lo que se les ofrece. Dicho de otro modo, la educación exige el establecimiento de una autoridad por parte del profesor y la existencia de disciplina y obediencia por parte de los alumnos.

Ahora bien, otro grupo de estudiosos, tras analizar el problema con la máxima atención, dice lo siguiente: "La educación no es ni más ni menos que la provisión de un *medio*. El educador es como un buen jardinero a quien le corresponde facilitar un suelo bueno, sano y fértil en el que una planta joven pueda echar raíces fuertes y absorber luego los nutrimentos que necesita. La joven planta se desarrollará según sus propios fueros –mucho más sutiles de lo que cualquier ser humano pueda alcanzar a ver– y lo hará mejor cuanto más libertad posea para elegir exactamente los nutrimentos que necesita". En otras palabras, la educación, según este segundo grupo, no exigiría el establecimiento de disciplina y obediencia, sino de libertad: la mayor libertad posible.

Si nuestro primer grupo de estudiosos está en lo cierto, la disciplina y la obediencia serán "buenas"; y, puede afirmarse con perfecta lógica que, si algo es "bueno", en mayor cantidad será aún mejor. Conforme a esta lógica, se llega a la conclusión de que la disciplina y la obediencia perfectas serían algo perfecto... pero la escuela se convertiría en una cárcel.

Por otra parte, el segundo grupo de consejeros afirma que, en la educación, la libertad es "buena". Si esto es así, una mayor libertad será algo aún mejor y la libertad total produciría una educación también perfecta. La escuela se convertiría entonces en una selva, en una especie de casa de locos.

Libertad contra disciplina/obediencia: he aquí un perfecto par de contrarios. No hay compromiso posible. En cualquier situación real hay que elegir entre una u otra. O bien "haz lo que quieras", o bien "haz lo que te digo".

La lógica no nos sirve, porque sostiene que si una cosa es verdad, lo contrario no puede serlo. Afirma también que si algo es bueno, en mayor cantidad será mejor. No obstante, en este problema, muy típico y muy elemental, y que nosotros llamamos *problema divergente*, la lógica ordinaria y "lineal" no nos sirve; nos demuestra que la vida es mayor que la lógica.

En síntesis, esta cuestión del método más apropiado para educarnos plantea un problema divergente *par excellence*. Las respuestas divergen: cuanto más lógicas y consistentes son, mayor es la divergencia. Es la "libertad" en contra de la "disciplina/obediencia". No hay solución... y, sin embargo, hay educadores que son mejores que otros. ¿Cómo lo consiguen? Una manera de averiguarlo es preguntárselo. Si les contáramos nuestras dificultades filosóficas mostrarían quizá señales de irritación ante este enfoque intelectual. "Mire usted," nos dirían, "todo eso me parece demasiado complicado. La cuestión es que hay que querer a esos diablillos". Amor, empatía, *participation mystique*, comprensión, compasión: son facultades de un orden superior a las que se requieren para aplicar cualquier política de disciplina o de libertad. El movilizar estas facultades o fuerzas superiores, y el tenerlas siempre dispuestas, no sólo como impulsos esporádicos sino de un modo permanente, todo ello exige un elevado nivel de autoconciencia y es lo que hace a un gran educador.

La educación presenta el clásico ejemplo de problema divergente que, por supuesto, también se da en la política, donde los contrarios que se enfrentan con mayor frecuencia son la "libertad" y la "igualdad", es decir, la libertad *contra* la igualdad, la igualdad *contra* la libertad. Si los asuntos se dejan en libertad, que evolucionen por sí mismos, los fuertes prosperarán, los débiles sufrirán y no habrá rastro de igualdad. Por otro lado, la aplicación de una política igualitaria exige una merma de la libertad... *a menos que haya una intervención desde un nivel superior*. No sabemos quién inventó el lema de la Revolución Francesa [*], pero debió ser alguien de una perspicacia extraordinaria. A esos dos contrarios *liberté, égalité* irreconciliables según la lógica ordinaria, añadió un tercer factor o fuerza –*fraternité*– procedente de un nivel superior. ¿Cómo sabemos que pertenece a un nivel superior que los otros dos? Porque la libertad y la igualdad pueden instituirse mediante una acción legislativa apoyada por la fuerza,

pero la fraternidad es una cualidad humana que está fuera del alcance de las instituciones y más allá del nivel de la manipulación. Puede alcanzarse y, de hecho, así ocurre a menudo, pero sólo lo consiguen individuos aislados que ponen en juego sus propias fuerzas y facultades superiores convirtiéndose en gente mejor. Pero ¿cómo se hace mejor a la gente? Esta pregunta, que se plantea constantemente, sólo demuestra que la idea esencial se ha equivocado del todo, La idea de *hacer* mejor a alguien pertenece al nivel de la manipulación, a ese nivel en que existen contrarios y es imposible la reconciliación.

Al reconocer que existen dos tipos de problema diferentes con los que tenemos que enfrentarnos en nuestra aventura humana –"convergentes" y "divergentes"– se nos plantean algunas preguntas interesantes:

¿Cómo podemos saber si un problema pertenece a un grupo o a otro?

¿Qué es lo que constituye la diferencia?

¿Cómo se soluciona un problema de cada uno de los dos tipos?

¿Existe "progreso"? ¿Pueden acumularse las soluciones?

El intentar resolver este tipo de cuestiones nos llevará sin duda a muchas otras exploraciones.

Comencemos, pues, con la primera pregunta. En los problemas convergentes, como ya dijimos, las respuestas que se sugieren para resolverlo tienden a converger, a hacerse cada vez más precisas; pueden considerarse definitivas y escribirse como instrucciones. Una vez que se ha hallado la respuesta, el problema deja de ser interesante: un problema resuelto es un problema muerto. El utilizar la solución no requiere ninguna facultad ni ninguna capacidad superior: no hay estímulo, el trabajo está hecho. Quienquiera que utilice la solución puede permanecer relativamente pasivo; es un receptor, obtiene, digamos, algo a cambio de nada. Los problemas convergentes se relacionan como el aspecto inerte del universo, donde se puede manipular sin obstáculo ni traba alguna; donde el hombre puede hacerse el "amo y señor" porque esas fuerzas misteriosas y superiores que hemos llamado vida, conciencia y autoconciencia no se hallan presentes para complicar las cosas. Siempre que estas fuerzas superiores intervienen de un modo significativo, el problema deja de ser convergente. Por tanto, podemos decir que la *convergencia* puede esperarse en cualquier problema en que no intervengan vida, conciencia ni autoconciencia, es decir, en los campos de la física, la química, la astronomía, en disciplinas abstractas como la geometría y las matemáticas o en juegos como el ajedrez.

En el momento en que nos enfrentamos con problemas que implican a los niveles de ser superiores tenemos que esperar *divergencia*, pues interviene –aunque sea en el grado más modesto– el elemento de libertad y experiencia interior. Observando desde otro ángulo, vemos la pareja de contrarios más universal, el propio sello de la vida: el crecimiento y la decadencia. El crecimiento prospera en la libertad (me refiero al crecimiento saludable, el patológico no es más que una forma de decadencia), mientras que las fuerzas de la decadencia y de la disolución pueden contenerse sólo mediante algún tipo de orden. Estos pares de contrarios:

*Crecimiento contra decadencia
y Libertad contra orden*

surgen dondequiera que haya vida, conciencia y autoconciencia. Como hemos visto, son los pares de contrarios los que hacen un problema divergente, mientras que la ausencia de pares de contrarios (de este carácter básico) asegura la convergencia.

La metodología para resolver el problema, como puede verse con facilidad, es lo que podríamos llamar el "enfoque de laboratorio". Consiste en eliminar todos los factores que no pueden controlarse estrictamente o, al menos, medirse con precisión y "tenerse en cuenta". Lo que queda no es ya una parte de la vida real con todo lo que tiene de imprevisible, sino un sistema aislado que plantea problemas convergentes y, por tanto solubles en principio. La solución de un problema convergente, al mismo tiempo, demuestra algo sobre el sistema aislado pero nada en absoluto sobre asuntos que se hallan fuera o más allá de él.

He dicho que resolver un problema es matarlo. No hay nada de malo en "matar" un problema convergente, porque se relaciona con lo que queda después de haber eliminado la vida, la conciencia y la autoconciencia. Pero ¿pueden - o deben - matarse los problemas divergentes? (Las palabras "solución final" tienen todavía un eco terrible para los de mi generación).

Los problemas divergentes no pueden matarse; no pueden resolverse en el sentido de establecer la "fórmula correcta". Sin embargo pueden superarse. Un par de contrarios - como libertad y orden - lo son en el nivel de la vida ordinaria, pero dejan de serlo en el nivel superior, en el nivel verdaderamente humano en el que la autoconciencia desempeña su papel correcto. Es entonces cuando fuerzas superiores como el amor y la compasión, la comprensión y la empatía, se hacen disponibles, no sólo como impulsos ocasionales (que es lo que son en el nivel inferior), sino como un recurso regular y seguro. Los contrarios dejan de serlo; yacen juntos pacíficamente, como el

león y el cordero en el estudio de San Jerónimo (quien, en el famoso cuadro de Durero, representa al "nivel superior").

¿Cómo es posible que los contrarios dejen de serlo cuando está presente una "fuerza superior"? ¿Cómo es que la libertad y la igualdad dejan de ser antagónicas y se "reconcilian" cuando está presente la fraternidad? Estas cuestiones no son lógicas sino existenciales. La principal preocupación del existencialismo, ya se ha dicho [2], es que hay que admitir la experiencia como evidencia, lo que implica que sin experiencia no hay evidencia. El que los contrarios son superados cuando las "fuerzas superiores" –como el amor y la compasión– intervienen no es algo que pueda discutirse en términos lógicos: tiene que experimentarse en la experiencia real de cada uno (de ahí el existencialismo). Por ejemplo, imaginemos una familia con dos hijos mayores y dos niñas pequeñas: prevalece la libertad y no destruye la igualdad porque la fraternidad controla el uso del poder superior que poseen los hijos mayores.

Es importante para nosotros el tomar conciencia de estos pares de contrarios. A nuestra mente lógica no le gustan: generalmente opera con el principio de *o bien una cosa / o bien otra o si / no*, como una computadora. Entonces, cada vez que quiere demostrar su fidelidad exclusiva a uno u otro elemento del par, y como esta exclusividad conduce inevitablemente a una pérdida de realismo y de verdad cada vez más evidente, la mente cambia repentinamente de lado, a menudo sin notarlo. Se balancea como un péndulo de un extremo a otro, y cada vez se produce la sensación de "tomar una decisión nueva"; si no, la mente se vuelve rígida y sin vida, se fija en un lado del par de contrarios y decide entonces que "el problema se ha resuelto".

Los pares de contrarios –entre los que libertad, orden y crecimiento/decadencia son los más básicos– ponen tensión en el mundo, una tensión que agudiza la sensibilidad del hombre e incrementa su autoconciencia. No es posible una comprensión real sin tener conciencia de estos pares de oposiciones que impregnan, como si dijéramos, todo lo que el hombre hace.

En la vida de las sociedades hay una necesidad de justicia y también una necesidad de piedad. "La justicia sin la piedad", decía Santo Tomás de Aquino, "es crueldad; la piedad sin la justicia es la madre de la disolución" [3], he aquí una clara identificación de un problema divergente. La justicia es la negación de la piedad, y ésta la negación de la justicia. Sólo una fuerza superior –la sabiduría– puede reconciliar estos contrarios. El problema no puede resolverse, pero la sabiduría puede superarlo. De modo análogo, las sociedades necesitan estabilidad y cambio, tradición e innovación, interés público y privado, planificación y *laissez faire*, orden y libertad, crecimiento y decadencia: en todas partes, la salud de la sociedad depende de la búsqueda simultánea de actividades y objetivos que se oponen mutuamente. La adopción de una solución final significa una especie de pena de muerte para la humanidad del hombre y representa o bien la crueldad o bien la disolución, o generalmente, ambas cosas.

Los problemas divergentes ofenden a la mente lógica que desea hacer desaparecer la tensión limitándose a un extremo o al otro; pero provocan, estimulan y agudizan las facultades más elevadas del hombre sin las cuales no es más que un animal inteligente. El negarse a aceptar la divergencia en los problemas divergentes hace que estas facultades permanezcan inactivas y se atrofen, y, cuando esto ocurre, lo más probable es que el "animal inteligente" se destruya a sí mismo.

Así pues, la vida del hombre puede verse como una sucesión de problemas divergentes que inevitablemente se plantean y han de resolverse de alguna manera. Son refractarios a la mera lógica y la razón discursiva y constituyen, digamos, un aparato que tensa y ensancha al Hombre Entero, que desarrolla las facultades supra-lógicas del ser humano. Todas las culturas tradicionales han considerado que la vida es una escuela y han reconocido de una u otra manera lo esencial que es esta fuerza de aprendizaje.

En este punto, puede que convenga decir unas palabras sobre el arte. Hoy en día, en lo que se refiere al arte, parece que no hay nada a qué atenerse y que cualquier cosa sirve. ¿Quién se atreve a abuchear algo que se presenta como "arte por delante de su tiempo"? Sin embargo, no deberíamos ser tan tímidos. Podemos obtener orientaciones seguras si relacionamos el arte con el ser humano, que consta, como si dijéramos, de sentimiento, pensamiento y deseo. Si el arte intenta ante todo influir en nuestros sentimientos, podríamos llamarlo espectáculo; si pretende afectar a nuestra voluntad podríamos llamarlo propaganda. Estas dos cosas, espectáculo y propaganda, podemos reconocerlos como un par de contrarios, pero no es difícil sentir que falta algo. Ningún gran artista ha dado la espalda nunca al espectáculo o a la propaganda, ni se ha sentido nunca satisfecho simplemente con estas dos cosas. De forma invariable han intentado comunicar la verdad, el *poder* de la verdad apelando a las facultades intelectuales superiores del hombre, que son supra-racionales. El espectáculo y la propaganda por sí mismos no nos dan poder, sino que lo ejercen sobre nosotros. Cuando son superados por la comunicación de la

Verdad y se subordinan a ella, el arte nos ayuda a desarrollar nuestras facultades superiores, y esto es todo lo que cuenta. Si el arte tiene algún valor real, dice Ananda K. Coomaraswamy:

Si ha de nutrir y hacer crecer lo mejor que hay en nosotros, igual que las plantas se nutren y crecen en un suelo apropiado, debe apelar al entendimiento y no a los buenos sentimientos. En cierto aspecto la gente tiene razón; siempre quiere saber "de qué trata" la obra de arte... La dolorosa verdad es que la mayoría de estas (grandes) obras de arte tratan de Dios, a quien nunca se menciona entre gente educada. Admitamos que si queremos ofrecer una educación que esté de acuerdo con la naturaleza más íntima y la elocuencia de estas grandes obras de arte, ésta no será una educación de la sensibilidad, sino una educación filosófica en el sentido que Platón y Aristóteles daban a la palabra filosofía: antología, teología, el mapa de la vida y una sabiduría aplicable a los asuntos cotidianos. [4] (El subrayado es mío).

Todas las grandes obras de arte "tratan de Dios" en tanto que enseñan al perplejo ser humano el camino, el sendero para subir la montaña, proporcionando una guía para los perplejos. Podemos recordar otra vez uno de los ejemplos más grandes de este arte, la *Divina Comedia* [5]. Dante la escribió para la gente corriente, no para aquellos que poseen suficientes medios propios como para estar principalmente interesados en las sensaciones agradables. Explica el autor que "Este libro no se escribió con un propósito especulativo sino práctico... el fin de la obra es sacar a los que viven esta vida de sus tristezas y llevarlos a un estado de felicidad" [6]. El peregrino —el propio Dante— *nel mezzo del cammin di nostra vita*, es decir, en la cima de sus facultades y éxito exterior, se da cuenta de repente de que no está en absoluto en la cima sino, por el contrario, "en un oscuro bosque donde había perdido el buen camino".

*¡Ah, pues decir cuál era esa cosa dura
esta selva salvaje, áspera y fuerte
que en el pensar renueva la pavora!
Es tan amarga que algo más es muerte;*

No puede recordar cómo llegó allí:

*pues me vencía el sueño el mismo día
en que el veraz camino abandoné.*

Tras "haberse encontrado a sí mismo", Dante levanta la mirada y ve la montaña:

*vestida de los rayos del plañera [el sol]
que el buen camino a todos señalaba.*

Es precisamente la montaña que había tratado de escalar. Hace un nuevo intento, pero encuentra su camino franqueado por tres animales:

*Y, apenas el camino me hube abierto,
un leopardo liviano allí surgía,
de piel manchada todo recubierto;
parado frente a mí, frente me hacía
cortando de ese modo mi camino,
y yo, para volver, ya me volvía.*

Ligero, muy ágil, de piel manchada: todas las agradables tentaciones de la vida ante las que se había acostumbrado a ceder. Pero aún vienen cosas peores: un león, temible y orgulloso, y una loba:

*Y una loba, que todos los antojos
alojar semejava en su magrura
y a muchos procuró duelo y enojos,
me llenó de inquietud con la bravura
que veía lucir en su mirada
y perdí la esperanza...*

Sin embargo, Dante es divisado "desde los cielos" por Beatriz, que quiere ayudarlo. Pero, como no puede hacerlo ella misma porque el poeta se ha hundido demasiado para que le sirva la religión, pide al arte, personificado por Virgilio, que le saque de esa "selva salvaje". El verdadero arte es el intermediario entre la naturaleza ordinaria del hombre y sus potencialidades superiores y así, Dante acepta a Virgilio:

*El entusiasmo en mi interior has puesto
y al inicial propósito me inclino
con cuanto tus palabras me han propuesto.
"Ve, pues, que nos hermana igual destino,
tú, mi maestro, mi señor y guía".*

Sólo la verdad puede aceptarse como maestra, señora y guía. El atesorar arte únicamente por su belleza significa errar el tiro. La verdadera función del arte es "disponer de tal modo el corazón con el deseo de subir a la montaña" – *que es lo que realmente queremos hacer pero olvidamos siempre*– que "nos inclinemos a nuestro inicial propósito".

Todas las grandes obras de la literatura tratan de problemas divergentes. El leerla simplemente como "literatura" - incluso la Biblia - como si su propósito primordial fuese la poesía, la imaginación y la expresión artística con un empleo especialmente acertado de palabras y símiles, es convertir lo sublime en trivial.

3

Muchos son hoy los que exigen unos nuevos fundamentos morales de la sociedad, unas nuevas bases éticas. Cuando dicen "nuevo", parecen olvidar que se trata de problemas divergentes que no exigen nuevas invenciones sino el desarrollo de las facultades superiores del hombre y su aplicación. "Algunos se elevan por el pecado y otros, por la virtud, caen", dice Shakespeare en *Medida por medida* insistiendo en que no es bastante decidir que la virtud es buena y el vicio malo –que lo son– sino que lo importante es si una persona se eleva por encima de sus potencialidades o se hunde apartándose de ellas. Normalmente, los hombres se elevan mediante la virtud, pero si ésta es simplemente externa y carece de poder interior sólo sirve para volverlos satisfechos de sí mismos con lo cual no se desarrollan. De modo análogo, lo que según los criterios ordinarios es pecado puede poner en marcha el proceso importantísimo del desarrollo, si su impacto hace que el hombre despierte sus facultades superiores que se hallaban aletargadas. Para citar un ejemplo de las tradiciones orientales: "Por lo que caen los hombres es por lo que se elevan", dice el Kular nava Tantra. Toda la sabiduría tradicional, de la cual Dante y Shakespeare son destacados representantes, trasciende la lógica ordinaria y calculadora y define "El Bien" como lo que nos ayuda a hacernos verdaderamente humanos mediante el desarrollo de nuestras facultades superiores que están condicionadas por la autoconciencia y son también parte de ella. Sin estas facultades no hay humanidad como algo diferenciado del reino animal, y la pregunta de qué es "El Bien" se reduce a cuestiones darwinianas de adaptación y supervivencia y el utilitarismo de "la felicidad mayor para el mayor número de gente", en el cual la felicidad raramente implica nada más que la comodidad y la excitación.

Sin embargo, la gente de hecho no acepta estas "reducciones". Incluso cuando, tratándose de seres bien adaptados, sobreviven con suficiente comodidad y excitación, siguen preguntando "¿qué es el bien?", "¿qué es lo bueno?" "¿qué es el mal?", "¿qué es el pecado?", "¿qué debo hacer para llevar una vida que valga la pena?"

En toda la filosofía no hay tema que se halle en mayor desorden que la ética. Cualquiera que pida el pan de la orientación sobre cómo debe conducirse y se dirija a los profesores de ética, no sólo no recibirá una piedra sino un torrente de "opiniones". Con muy pocas excepciones estos sabios emprenden una investigación de la ética sin ninguna clarificación previa del objetivo de la vida humana. Es evidente que resulta imposible decidir lo que es bueno o malo, correcto o equivocado, virtuoso o malvado, sin una idea de propósito: ¿bueno para qué?, etc. El plantear la pregunta del propósito se ha llamado "la falacia naturalista": ¡la virtud es su propia recompensa! Ninguno de los grandes maestros de la humanidad habría quedado satisfecho con una evasiva así. Si se dice que una cosa es buena pero nadie puede decirme *para qué*, ¿cómo se puede esperar de mí que me tome el menor interés en ella? Si nuestra guía, si nuestro Mapa de la Vida anotado, no puede mostrarnos dónde se sitúa "El Bien" y cómo puede alcanzarse, no sirve para nada.

Recapitemos. La primera Gran Verdad que hemos señalado es la estructura jerárquica del mundo: hay por lo menos cuatro grandes niveles de ser con facultades nuevas que se añaden a medida que se va ascendiendo. En el nivel humano, podemos percibir claramente que no tienen límites. No hay un límite discernible a lo que el hombre puede hacer; parece ser *capax universi*, como solía decirse en la antigüedad, y lo que *una* persona ha hecho brilla a partir de entonces como una luz en la oscuridad; es una posibilidad del hombre incluso aunque no vuelva a encontrarse una persona que sea capaz de hacerlo. El ser humano, incluso en plena madurez, no es desde luego un producto terminado, aunque algunos están sin duda más "acabados" que otros. En la mayoría de la gente, la facultad específicamente humana de la autoconciencia no es, hasta el final de la vida, más que un germen de facultad; se desarrolla tan poco que rara vez se hace activa y, cuando esto ocurre, sólo es por breves momentos. Es éste precisamente el "talento" que, según las enseñanzas tradicionales, podemos y debemos triplicar, multiplicar por diez incluso y que no debemos de ninguna manera enterrar para guardarlo.

Asimismo, hemos considerado por encima las diferentes "progresiones" que descubrimos al estudiar los cuatro niveles de ser, desde el mineral sin vida hasta la persona autoconsciente y la "persona" más perfecta, más completamente integrada, ilustrada y libre que podamos concebir. A través de estas extrapolaciones es posible no sólo obtener una comprensión clara de lo que preocupaba a nuestros antepasados cuando hablaban de Dios, sino también reconocer la única dirección de desarrollo que daría sentido y significado a nuestra vida sobre la tierra.

La segunda Gran Verdad es la de la *adaequatio*: todo lo que hay en el mundo que nos rodea debe afrontarse con un sentido, facultad o poder que poseemos dentro de nosotros; de otro modo, permaneceremos inconscientes de su existencia. Por tanto, existe una estructura jerárquica de facultades dentro de nosotros y no es sorprendente que cuanto más elevadas sean, más raro será encontrarlas en una forma sumamente desarrollada y mayores serán los esfuerzos requeridos para su desarrollo. Para elevar nuestro nivel de ser debemos adoptar un estilo de vida que conduzca a tal elevación, lo que significa que debe otorgar a nuestra naturaleza inferior la atención y el cuidado que exige y que nos deje tiempo suficiente y atención libre para la búsqueda de nuestro desarrollo superior.

Una parte esencial de esta búsqueda es el cultivo de los cuatro campos de conocimiento. La calidad de nuestra comprensión depende decisivamente del distanciamiento, objetividad y cuidado con que aprendamos a estudiar-nos: tanto lo que ocurre dentro de nosotros (primer campo) como lo que en tanto que fenómeno objetivo representamos ante los demás (tercer campo). Las instrucciones sobre cómo cultivar este doble conocimiento de uno mismo constituyen el contenido principal de todas las doctrinas religiosas tradicionales pero han estado casi completamente ausentes en Occidente durante, por lo menos, los últimos cien años. Esa es la razón por la que no nos podemos fiar unos de otros; por lo que la mayoría de la gente vive en un estado de continua ansiedad; por lo que, a pesar de toda nuestra tecnología, la comunicación se hace cada vez más difícil, y por lo que necesitamos instituciones benéficas cada vez mejor organizadas para cubrir los agujeros que ha dejado la desaparición de una cohesión social espontánea. Los santos cristianos (y de otras religiones) se conocían tan bien que podían "ver" dentro de otros seres. La idea de que San Francisco pudiera comunicarse con animales, pájaros e incluso flores, tiene que parecer increíble, desde luego, para nuestro hombre moderno que tanto ha descuidado el autoconocimiento que tiene incluso dificultades para comunicarse con su mujer.

El "mundo interior", visto como campo de conocimiento (primero y segundo), es el mundo de la libertad; el mundo exterior (tercer y cuarto campos), el de la necesidad. Todos nuestros problemas vitales serios están suspendidos entre estos dos polos de libertad y necesidad. Son problemas divergentes: no se pueden resolver. Nuestra ansiedad para resolver problemas surge de nuestra total falta de autoconocimiento, lo que ha creado una especie de angustia existencial de la que Kierkegaard es uno de los primeros y más impresionantes exponentes. La ansiedad para resolver problemas ha conducido a una concentración prácticamente total del esfuerzo intelectual en el estudio de problemas *convergentes*, y se siente un gran orgullo por esta limitación voluntaria de nuestro intelecto ilimitado y su confinamiento al "arte de lo soluble". "Los buenos científicos", dice Peter B. Medawar, "estudian los problemas más importantes que creen poder resolver. Después de todo, es su profesión resolver problemas, y no simplemente intentar resolverlos" [7]. Esto es bastante cierto y al mismo tiempo demuestra con claridad que los "buenos científicos" en este sentido sólo puede enfrentarse con el aspecto muerto del universo. Los verdaderos problemas de la vida sólo se puede *intentar resolverlos*. Repitiendo una cita de Santo Tomás de Aquino: "Es más deseable el mínimo conocimiento que pueda obtenerse de las cosas más elevadas, que el conocimiento más cierto de las de menos categoría", y el "tratar de resolver" problemas con la ayuda del mínimo conocimiento constituye el verdadero objetivo de la vida, mientras que el resolver problemas —que, para ser solubles deben ser convergentes— con la ayuda del "conocimiento más cierto que pueda obtenerse de las de menos categoría" es simplemente una de las numerosas y perfectamente honorables actividades humanas concebidas para ahorrar trabajo.

Mientras que la mente lógica aborrece los problemas divergentes y trata de escapar de ellos, las facultades superiores del hombre aceptan los desafíos de la vida tal como se presentan, sin quejas, sabiendo que cuando las cosas son más contradictorias, absurdas, difíciles y frustrantes, entonces —*precisamente entonces*— es cuando la vida cobra verdadero sentido: como mecanismo que nos provoca y casi nos obliga a desarrollarnos hacia niveles de ser superiores. Se trata de una cuestión de fe, de elegir nuestro propio "grado de significación". Nuestra mente ordinaria trata siempre de convencernos de que no somos nada más que bellotas y que nuestra mayor felicidad consiste en convertirnos en bellotas mayores, más gordas y brillantes; pero esto sólo interesa a los cerdos. Nuestra fe nos hace conocer algo mucho mejor: podemos convertirnos en encinas.

¿Qué es el bien y el mal? ¿Qué es bueno y qué es malo? Todo depende de nuestra fe. Tomando nuestra orientación de las Grandes Verdades que hemos comentado en este libro y estudiando las interconexiones existentes entre estos cuatro hitos de nuestro "mapa", no nos resulta difícil discernir lo que constituye el verdadero progreso de un ser humano:

- Su tarea primordial consiste en aprender de la sociedad y de la "tradición" y encontrar su felicidad temporal en recibir instrucciones desde fuera.

- Su segundo cometido es interiorizar el conocimiento que ha adquirido, filtrarlo, seleccionarlo, guardar lo bueno y desechar lo malo; este proceso puede llamarse la "individualización", al estar dirigido por uno mismo.
- Su tercera tarea no podrá emprenderla hasta que haya cumplido las dos primeras y para ella necesita la mejor ayuda que pueda encontrar: se trata de "morir" para uno mismo, para nuestros gustos y aversiones, para todas nuestras preocupaciones egocéntricas. En la medida en que lo logre, dejará de estar dirigido desde fuera y dejará también de estar dirigido hacia sí mismo. Ha ganado libertad, o dicho de otro modo, está dirigido hacia Dios. Sí es cristiano, será precisamente eso lo que esperará poder decir.

Siendo esta la triple tarea con que se enfrenta todo ser humano, podemos decir que "bueno" es lo que me ayuda a mí y a los demás a lo largo de este viaje de liberación. Se me pide que "ame al prójimo como a mí mismo", pero no puedo amarle en absoluto (excepto física o sentimentalmente) a menos que me haya amado a mí mismo lo suficiente como para embarcarme en el viaje de desarrollo que se ha descrito. ¿Cómo podría amarle y ayudarle si tengo que reconocer, como San Pablo, que "Mi proceder no lo comprendo: pues no obro lo que quiero sino que hago lo que aborrezco"? Para ser capaz de amar y ayudar al prójimo como a mí mismo, se me pide "amar a Dios", es decir, mantener la mente activa y pacientemente en tensión hacia lo más elevado, hacia los niveles de ser que están por encima del mío: sólo ahí está "el bien" para mí.

Notas

1. René Guénon, *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos* (traducción de Ramón García Fernández), Madrid, Ayuso, 1976.
 2. Cfr. Paul Roubiczek, *El existencialismo*, Barcelona, Labor, 1966.
 3. Santo Tomás de Aquino. "Comentario al Evangelio según San Mateo, V. 2"
 4. Ananda K. Coomaraswamy, "¿Para qué exponer obras de arte?" *La filosofía cristiana y oriental del arte* (traducción de Esteve Serra), Madrid, Taurus, 1980.
 5. Dante Alighieri, *Comedia* (Traducción de Angel Crespo), Barcelona, Seix Barral, 1973.
 6. Citado por Dorothy L. Sayers, *Further Papers on Dante*, Londres, 1957, pág. 54
 7. P.B Medawar, "Introducción", *The Art of the Soluble*, Londres, 1967.
- * Se dice que fue Louis-Claude de Sain Martin (1743-1803), quien firmaba sus obras con el seudónimo de Le Philosophe inconnu. (N. del A.)

Extraído del libro de E.F. Schumacher "Guía para los perplejos", Cap. 10, pp. 173-194, Editorial Debate, 2da. edición. Madrid, 1986.

E.F. Schumacher (1911-1977) fue un destacado economista alemán.

Biblioteca en Tecnologías Apropriadas

www.tecnologiasapropiadas.com
info (en) tecnologiasapropiadas.com

